

## **Algunas reflexiones sobre el tiempo del historiador. Noción de su presente.**

**Sergio Flores Farías.**

*Univ. de Playa Ancha / Univ. de Valparaíso*

Como norma general la historia tradicional ha considerado siempre que los cultivadores de esa disciplina deben tener como preocupación primera el estudio del pasado. Sólo en ese pasado está la clave para entender el comportamiento del hombre y las sociedades en tiempos relativamente más recientes. Aún hoy, los historiadores son renuentes para considerar como tema de sus investigaciones sucesos contemporáneos, que estén actuando en el presente.

Se pide al historiador una perspectiva temporal, esto es, dejar un espacio suficiente entre los sucesos históricos y el estudio de ellos, para aquietar las pasiones, aclarar las diferencias en espera de que todo el proceso haya terminado. Cuando ese tiempo de perspectiva no existe, el historiador queda incapacitado para dar cuenta ecuánime del presente del cual es actor interesado.

Pero si el concepto del tiempo utilizado por los historiadores ha cambiado desde una dimensión puramente lineal-cronológica compuesta de pasado, presente y futuro, a nuevos niveles de temporalidad en los cuales el ahora ya no tiene esa incertidumbre de ser juntura, que suele abarcar varios años, es lícito pensar que el historiador de ese tiempo, pueda observarlo, comprenderlo y diagnosticarlo.

Desde el aspecto estrictamente profesional, es imperativo que el historiador se preocupe de entender el tiempo que está viviendo, más aún, debe estar en él con todas sus capacidades. Escapar de su realidad presente es dejar su campo de estudio a merced de sociólogos, periodistas, cientistas políticos, redactores de crónicas, etc, en circunstancias que es el profesional mejor preparado para penetrar en su época y conocerla: tiene un acervo teórico- conceptual que le permite la búsqueda y conocimiento de las fuentes y documentos por medio de los cuales es posible llegar a entender el mundo contemporáneo; conoce y es experimentado en el rastreo heurístico en bibliotecas, archivos, museos, universidades y cancillerías; por último, posee una formación metodológica y científica que lo faculta para trabajar interdisciplinariamente en el amplio campo de las ciencias sociales, y le otorga el rigor necesario para intentar comprender los problemas del hombre.

Más adelante de estas reflexiones analizaremos cómo el historiador maneja las magnitudes del tiempo diferentes a las de los otros cultivadores de las ciencias sociales. El presente del historiador a diferencia de las consideraciones temporales de periodistas, sociólogos, filósofos o psicólogos, para quienes su tiempo presente es el nervioso y

encabritado pasar de los acontecimientos, es mucho más complejo y abarcador, de modo que puede ser comprendido por sus raíces enterradas en el pasado. La mirada del historiador abarca mucho más que los simples hechos cotidianos.

Agreguemos a lo anterior la formación intelectual del historiador que lo faculta para establecer relaciones gnoseológicas entre las diversas actividades del quehacer y saber de la época en estudio, posee -por así decirlo- una visión casi periférica, por el hecho de trabajar tanto con el pasado como con el presente a la vez.

Por eso pensamos que la ausencia del historiador del mundo que enmarca el presente y le da sentido a lo contemporáneo -en espera de una perspectiva en el tiempo- es causa de la ignorancia de los problemas que se presentan en la sociedad y en las instituciones, acentuando los síntomas de las crisis y angustias del hombre en el centro de su presente histórico.

El historiador es un testigo privilegiado de su tiempo, así se desprende de lo que hasta aquí hemos dicho y eso da fuerza a que el análisis que él haga de su tiempo por comprometido o equívoco que sea, reflejará las pugnas políticas o sociales con una óptica personal; siempre constituirá un testimonio muy fundamental para las generaciones por venir. Para ello está la crítica histórica y el juicio de los especialistas, quienes podrán valorar lo histórico que haya en dichos testimonios.

Este carácter de "testigo de su tiempo" no es igualado por ningún cultivador de las disciplinas sociales. Solo él está preparado para distinguir cuales son los problemas más apremiantes del

presente. A fuerza de realizar este trabajo de exploración y conocimiento del pasado, posee las herramientas técnicas y metodológicas para realizar ese mismo proceso con su presente. Lo importante es interrogar nuestro tiempo, tomar conciencia de sus contradicciones. Corresponde al historiador enfrentarse al tiempo que le toca vivir, interrogarlo y por lo tanto, entenderlo.

Braudel podrá decir que este hacer constituye uno de los privilegios del historiador, pues puede desentrañar en su primer exámen lo esencial de una situación histórica dada y determinar su posible futuro inmediato; distinguir de antemano los acontecimientos realmente importantes, lo que ha de tener trascendencia para la sociedad y el hombre. Le asigna un rol trascendente en el conocimiento del pasado y en lo que respecta a su oficio de ser testigos de la época, los considera agentes de cambio de la sociedad.

Lo radicalmente importante es que la historia comprueba que hay seres que han existido en el pasado y cuya acción sobre el medio, la cultura, las ciencias y las costumbres influyen fuertemente en el presente, a través de la continuidad del tiempo. Las demás ciencias sociales focalizan el estudio presente de acuerdo a razones contingentes surgidas de la realidad del hoy, o estrechan sus estudios sobre lo inmediato; diríamos, detienen la imagen de la vida en un momento dado, sin relación alguna con el pasado. En este sentido, dada la enorme complejidad y dificultades en el conocimiento de lo presente, el historiador es insustituible.

Esta actitud epistemológica de los historiadores de no permanecer indiferentes ante el presente e intentar comprenderlo y testimoniarlo ha recibido

críticas muy frontales desde otras disciplinas, al sostenerse que no puede el presente, pues la intelección de este es diferente a la del pasado.

Entre los historiadores contemporáneos el polaco Topolsky, especialista en lógica y teoría de la ciencia histórica, estima que en la investigación histórica sólo un acontecimiento pasado puede ser objeto de un análisis científico, en consecuencia, cuando un acontecimiento que se descubre está por nacer o naciendo, el historiador dice Topolsky, la perspectiva temporal es una condición necesaria "para aprehender el desarrollo de sistemas dados, esto es, sus interconexiones que indican sus papeles respectivos en el proceso de la historia. No podemos analizar científicamente un acontecimiento no sólo antes de que llegue a su término, sino también antes de que obtenga resultados"<sup>1</sup>.

Ciro Cardoso está en absoluto desacuerdo, expresando que el historiador debe por necesidad profesional, atender a su entorno presente: "Una cosa es admitir que resulta más fácil y seguro estudiar procesos concluídos y bien conocidos en todas sus ramificaciones. Otra muy diferente es el creer que caemos en la crónica al estudiar, por ejemplo, la revolución industrial, proceso histórico comenzando hace dos siglos y que todavía no termina"<sup>2</sup>.

Con todos los recursos metodológicos que el historiador dispone actualmente, puede perfectamente ubicar en una perspectiva histórica de media o larga duración los acontecimientos

- 
- 1 Topolsky Jerzy, "Metodología de la Historia". Ed Cátedra. Madrid, 1978. Pág. 611.
  - 2 Cardoso Ciro, "Introducción al trabajo de la investigación histórica". Ed. Critica, 1989. Pág. 94.

presentes, y explicarlos en gran parte, con arreglo a teorías y conocimientos presentes y explicarlos en gran parte con arreglo a teorías y conocimientos de la realidad social. Suponer lo contrario, implicaría volver a una metodología positivista y reafirmar, por lo tanto, la primacía del hecho aislado, singular sobre los conjuntos históricos o estructuras.

Para entender mejor la noción de tiempo presente, es conveniente recordar que sólo a fines del siglo pasado comienza una actitud reflexiva y teórica de parte de los historiadores respecto de su quehacer. Se toma conciencia de que los hechos deben entenderse no aislados unos de otros, como viviendo una realidad autosuficiente, sino enlazados entre sí, formando parte de un conjunto histórico en el cual se hacen coherentes y explícitos, además de perfilar su realidad presente. Esta actitud de los historiadores más rigurosa en el tratamiento del acontecer humano, los condujo a plantearse una serie de interrogantes epistemológicas y de metodología que les permitiera desprenderse de las estériles discusiones respecto a la ubicación de la historia entre las otras disciplinas científicas.

De acuerdo a esta nueva actitud de los historiadores, el objeto de su estudio ya no será las narraciones históricas cuyo ritmo aparezca sólo señalando por las personalidades, jefes de estado, hechos militares, regímenes de gobierno, ministerios, obras en general, tratados concertados con otras naciones, etc, acontecimientos intrínsecamente valiosos, pero que, observados en su pura ocurrencia, carecían de sentido y significado.

Al contrario, abierta a los avances de otras ciencias, utilizando sus métodos de investigación,

trabajando en equipos y en una perspectiva interdisciplinaria, la historia ha ampliado el campo de sus preocupaciones. Le interesan las pulsaciones de la coyuntura, los movimientos de población según los métodos de la historia demográfica, la historia social, la vida de los grupos humanos, en lo que se asemejan en lo que se diferencian; la psicología colectiva y la presencia del subconciente para explicar fenómenos de larga duración.

Sólo en esta perspectiva podremos entender como vivían los hombres del pasado, cómo y en qué pensaban, cuales eran sus preocupaciones, cuales sus diversiones, sus actividades cotidianas de trabajo, sus costumbres, sus tradiciones, cómo nacían y cómo morían. De qué esperanzas se alimentaban, cuales sus temores más profundos, cómo educaban a sus hijos, qué valores o principios guiaban sus vidas, además de las circunstancias y los problemas que cada tiempo le planteaban. En definitiva, cómo tal o cual sociedad había llegado a ser lo que era, que desafíos había enfrentado y qué soluciones había encontrado.

### **Presente y pasado: preocupación de los historiadores.**

A partir de este siglo se inicia una actitud reflexiva de los historiadores respecto de su propia tarea, y a adquirir conciencia que los hechos históricos debían entenderse no aislados sino en un tramado que diera coherencia al conjunto al cual esos hechos pertenecen; al mismo tiempo, se dan cuenta de que la historia no puede abstraerse de la realidad cuyo componente principal es el tiempo, por lo tanto, la temporalidad de la historia es física, no

es en absoluto independiente de los fenómenos. No en vano Bloch pudo afirmar que el tiempo es el plasma en el cual se bañan los hechos y donde se hacen inteligibles.

También el tiempo es creador de cambios, por eso no puede abstraerse, es componente vital de toda realidad histórica. En este sentido, es una apreciación compartida por la mayoría de los historiadores que el tiempo histórico es en realidad el tiempo pasado proyectado hacia el presente, aún cuando se nos aparece como ya hecho y sucedido. Ahondando en este punto podríamos decir que el estudioso no tiene la experiencia completa de ese pasado, pues sólo es resto de una totalidad. Por estas razones su presencia siempre tiene un carácter fragmentario e individual, el historiador por tanto, carece de la experiencia vivida de ese pasado, considerando que los hechos históricos pertenecen a él.

El tiempo pretérito determinará de alguna manera la realidad de nuestra época. Recordemos que el filósofo Ortega y Gasset expresaba al respecto que lo más radical y original del pasado es que nos ha traído a este presente, o la expresión del propio Bloch: la incomprensión de nuestra época nace fatalmente de la ignorancia de nuestro pasado.

El pasado interesa y preocupa a los historiadores en cuanto facilita la comprensión de las problemáticas que agitan el ahora, su vivir.

De la misma manera que se expresaba Benedetto Croce al sostener que toda historia es, ante todo, historia contemporánea, porque el estudioso trae a su presente los hechos políticos, sociales, económicos, religiosos de la época que le interesa



conocer. Si tales hechos son motivo de honda necesidad de conocimiento por parte del investigador se debe a que pasado y presente conforman una realidad inseparable en todo acto de comprensión del acontecer humano.

De esta manera entendemos que el historiador va hacia el pasado no por placer de llegar a conocerlo en su integridad, sino que se instala en él por las preocupaciones que le despiertan los acontecimientos de su presente. No olvidemos que el pasado carece para nosotros de existencia real. La realidad humana dirá Zubiri es su propio presente, puesto que el pasado ya no es; lo único que le queda al investigador es su presente que a la vez está tejido con su pasado, el cual lo lleva a tratar de comprender la época en la cual vive.

Los historiadores comprenden con absoluta claridad que el pasado de toda sociedad humana alguna vez fue presente para quienes la vivieron. Para conocerlo, el investigador planteará interrogantes, problemas, hipótesis, necesarias para traer a presencia lo ido, aquello sumergido en el transcurrir del tiempo. Estas reflexiones nos conducen a considerar el ahora del historiador en las tres clásicas dimensiones de la temporalidad. De ellas, sólo el llamado presente en el sentido cronológico del vocablo, tiene realidad, existe. Pero ese presente no se halla constituido sólo por lo que el hombre hace, sino también por lo que puede hacer, es decir, con las potencialidades. Zubiri lo dice: lo que somos hoy en nuestro presente es el conjunto de posibilidades que poseemos por lo que fuimos ayer, esto es, el pasado sobrevive bajo la forma de estar posibilitando nuestro presente.

Pero ¿qué es presente para todo historiador?. Diferente desde luego a como lo perciben sociólogos y filósofos. Para Husserl por ejemplo, todo tiempo es percibido como un pasado que termina en un presente, lo que indica que dicho presente es un tiempo límite, esto es, determinado por el pasado y por el futuro; sería por lo tanto el fin del pasado y el inicio del futuro.

Según como entiende el historiador el presente, éste sería inhallable desde la perspectiva filosófica, pues al aprehenderlo, ya se habrá transformado en pasado. El presente habitual está siempre modificándose, en permanente alteración, es aquel que el hombre reconoce como el tiempo de su vida. El historiador lo entiende como totalidad de una situación histórica dada, podríamos llamarlo un presente largo, abarcador de una temporalidad relativa, quizás de varios años.

En qué consiste la vida de un hombre o de una sociedad dependerá de su respectiva época, pues no sólo la existencia sino también la consistencia la reciben de ella, por lo tanto, todo presente humano vive de otros anteriores es su continuación natural.

Como últimas consideraciones al respecto digamos que nadie puede actuar ni en el pasado ni en el futuro, lo hacemos aquí y ahora; toda acción es por lo tanto presente y aún cuando este sea un tránsito fugaz, debería ser el campo propicio para el trabajo del historiador.

El efímero presente que es un tránsito fugaz entre el pasado y el futuro no tiene mayor significación para el historiador contemporáneo si sólo se remite a los hechos históricos en sí. Es sólo un tiempo episódico y sólo representa el presente de las cosas,

el simple acontecimiento es ininteligible en su tiempo propio y por lo tanto, la más engañosa de las duraciones temporales.

Parecería que las discusiones respecto de las condicionantes históricas del tiempo se agotaban al no poder ir más de las categorías tradicionales de pasado-presente y futuro. Traspasar estas estructuras temporales no estaba dentro de las reflexiones epistemológicas de pensadores tan diferentes como San Agustín, Heidegger, Santo Tomás o Sartre. Si bien es cierto no estaba entre sus preocupaciones intelectuales la investigación histórica, sus concepciones del tiempo se alineaban en la clásica trilogía ya descrita.

El encuentro con el tiempo fue uno de los grandes problemas de los historiadores del pasado siglo y comienzos de éste; investigar era interrogar a un pasado difuso, lo que había acontecido, esta narración de hechos más o menos reales era una simple resurrección de lo sucedido.

Todo lo que había sucedido como cultura, política, tradiciones, costumbres o economía quedaba reducido a lenguaje, en el cual se nos decía como había sido ese pasado que preocupaba al investigador. Como discurso de esa realidad, el pasado era lo que ciertos documentos o textos descubrían; en el fondo era un proceso de descodificación. Allí parecía terminar la labor del historiador.

Los que desconocen los avances de la historiografía a partir del grupo francés denominado Escuela de los Anales en áreas tan diversas como: fundamentos metodológicos, estímulo al trabajo interdisciplinario, rigor científico en el planteamiento

de hipótesis de trabajo, nuevas dimensiones de la temporalidad, valoración del espacio y su presente, apoyo en disciplinas como la antropología, sociología, psicología, economía, estadística, cuyos métodos se han incorporado al análisis de la realidad etc, suelen negarle a la historia su carácter de disciplina científica. Empleando un errado lenguaje semiológico, sostienen la incapacidad de esta disciplina para sustentarse como tal. Sería un discurso sobre el pasado y como este sólo puede ser representado a través del lenguaje, la historia no sería otra cosa que una sumatoria de textos en un orden temporal dado. Por lo tanto, no se entendería como una disciplina única y distinta de otras afines; ella sólo sería comprensible en la interdisciplinariedad con otras ciencias, más aún, en la transdisciplinariedad, es decir, formando parte de otras ciencias como la sociología y la antropología, con las cuales ha adoptado métodos de trabajo y estudio comunes.

Al carecer de identidad propia, pues el historiador trabajaría sólo con resultados obtenidos de otras ciencias afines, sus aportes serían de escaso significado y carentes de validez científica.

De todas maneras quienes así piensan constituyen una minoría irrelevante, al querer vestir sus ideas acerca de la historia con una originalidad dudosa, buscan auxilio en las otras ciencias sociales para fundamentar sus postulados, buscan auxilio en las otras ciencias sociales para fundamentar sus postulados epistemológicos y de método. Le es difícil reconocer lo que los historiadores actuales dejan fuera de cualquiera discusión: la historia es una ciencia joven que está en vías de consolidarse como

tal, lo demuestra la rigurosidad y su método propio para explorar los hechos históricos.

### **Los cambios: la noción de tiempo en Braudel.**

Los historiadores no se habían preocupado mayormente de pensar otras formas de entender el tiempo que no fueran las antes mencionadas. Como resultado de tal operación los hechos históricos no podían ser entendidos sino en una relación pasado presente, parecía ser más cómodo y menos comprometido para el investigador preocuparse sólo de las realizaciones del hombre en su pretérito ya inexistente.

Recién la historiografía actual empieza a reconocer los méritos de Braudel al haber modificado la rigidez de la concepción lineal del tiempo histórico. Considerado por muchos como el más grande historiador de nuestros tiempos, sus ideas acerca de la temporalidad de los hechos humanos han revolucionado el encuentro del investigador con la realidad histórica. De este modo podemos comprender que la acción de los hombres y las sociedades del pasado repercutan en el comportamiento de los hombres actuales. Es lo que llamaríamos la dimensión del ahora del historiador. Esta idea es trascendental, porque las otras ciencias sociales no se ocupan de estos aspectos, sólo enfocan lo que es inmediato, lo que está ahí, lo que aparece ante sus ojos.

Esta percepción más amplia del historiador lo conduce a entender mejor que nadie su presente y a ponderar los problemas vigentes, actuales; el

adiestramiento que éste tiene para desentrañar el ayer; le otorga las capacidades para ser un privilegiado actor y conocedor del presente.

Braudel enfatiza que ninguna otra ciencia social está como la historia facultada para distinguir sino también entender los problemas más acuciantes del presente que vive, por lo tanto en esa actividad específica, el historiador es insustituible.

Su novedosa y fértil concepción de los ritmos del acontecer humano en el tiempo, es la que revolucionando con más profundidad el trabajo del historiador, rechaza terminantemente ese tiempo lineal y cronológico de los acontecimientos para perfilar la velocidad diferente de los tiempos históricos.

Es indudable que es difícil separar de toda la concepción braudeliana, sólo aquello que se refiere a la temporalidad. Su historia global e interdisciplinaria que incorpora los métodos de las otras ciencias, revolucionó absolutamente la historiografía contemporánea, abriéndole los cauces a la totalidad de la acción del hombre, en todas sus facetas, tanto materiales como intelectuales.

Su renovadora y valiosa concepción de la historia, basada en una dialéctica que opera por medio de las estructuras, coyunturas y acontecimientos, nos sitúan en una percepción de la temporalidad que rompe la tradición en la cual estaban cogidos los historiadores, como en un bastidor incómodo, impedidos de desplazarse entre el presente y pasado.

En el tiempo de las estructuras ubica Braudel las largas duraciones, en las cuales parece haber una inmovilidad aparente, por ej. las geográficas, el clima, el paisaje, las formas de vida en el desierto,

llanuras o montañas, o las estructuras mentales que parecieran como definitivas. En ambos casos el historiador requiere de espacios de tiempo muy extensos para llegar a comprenderlas y darse cuenta de sus cambios, alteraciones y modificaciones.

A su vez las llamadas coyunturas, término que proviene de las ciencias económicas, o también llamado por Braudel tiempo social o medio, definen cambios y modificaciones en una duración más perceptible para el investigador, verdaderos ciclos con sus caracteres específicos como por ejemplo, movimientos de precio, alzas o bajas de salarios, circuitos monetarios, desplazamientos del comercio y del transporte; en lo social, problemas como la estratificación de grupos sociales, cambios y dinámica en la estructuración de las sociedades, inmigraciones, movilidad social, etc.

El tercer factor de esta dialéctica del desarrollo de los hechos históricos, es el que más menosprecia el historiador francés, es el tiempo relámpago, las pulsaciones de los acontecimientos que aparecen y desaparecen en el cambiante escenario de la vida cotidiana del hombre. La desestima porque a su juicio este tiempo episódico (*evenementielle* lo llama) que hasta ahora cautiva a la mayoría de los cultivadores de la historia, sólo concentra la atención en los hechos que, por tener presencia física delante de los historiadores, consideran como fundamentales para el tejido o trama de sus investigaciones.

Es innegable que la larga duración temporal es de gran utilidad para la historia contemporánea, porque muchos acontecimientos históricos que serían ininteligibles en el estrecho ámbito donde se producen, en un lapso largo, tienen su total

comprensión, adquieren su verdadero y real sentido. Braudel dirá que la historia tradicional ha privilegiado principalmente los estudios en el campo político, por la cercanía temporal que tiene respecto al historiador, la visión amplia de los hechos políticos, su permanencia, y consideración de una duración temporal extensa, posibilita entender las grandes transformaciones en el escenario político y los movimientos de los cuales los hechos políticos sólo son aislados testigos.

Estas reflexiones conducen a Braudel a criticar duramente el uso de parte de los historiadores del tiempo corto o también llamado episódico, del acontecimiento, esto es, los hechos aislados. El peligro lo grafica el historiador con un ejemplo: suele acontecer que los economistas acostumbran ponerse al servicio de los gobiernos que los requieren para apoyar sus planes de desarrollo, produciéndose así una identificación lamentable entre gobierno y políticas económicas. Sólo interesa la situación de los acontecimientos puntuales, y dejar constancia de los hechos que les dan forma.

Estos hechos efímeros, pasajeros en la construcción total de su monumental concepción de la historia sólo podrían ser comprendidos si se les considerara como el resultado de esas fuerzas profundas que operan desde el pasado lejano de las estructuras y desde la duración media de las coyunturas o tiempo social. Allí y sólo allí, los acontecimientos fugaces y cotidianos encontrarán su verdadera y única comprensión. Todo lo factual, el hecho político o social aislado no tendría existencia ni podría ser entendido.

Braudel invita a ponerse en guardia ante el acontecimiento, no sólo pensar en el presente



limitado al suceder inmediato, sino conectado con el pasado histórico del cual es seguro heredero. Ya al constituirse en uno de los fundadores de la Escuela de los Anales, Lucien Febvre lo expresaba como declaración de principio de los historiadores: la historia ciencia del pasado, ciencia del presente. Por lo tanto, la historia legítimamente debe preocuparse de comprender su propio presente, develando las profundas y estrechas relaciones con su pasado mediato e inmediato.

En el caso de los investigadores sociólogos estos llegan a explorar el presente fáctico mediante, por ejemplo de encuestas de sondeo; otras disciplinas de las ciencias sociales ponen el énfasis en el valor insustituible del tiempo presente. De esta manera el tiempo del sociólogo no es de manera alguna el tiempo del historiador, es menos imperativo y no se encuentra -dirá Braudel- en el corazón de sus problemas y de sus reflexiones. El filósofo, por otro lado, atento al aspecto subjetivo interior de la noción del tiempo, no experimenta jamás ese peso del tiempo de la historia; tiempo concreto, universal, tiempo físico, del cual ningún acontecimiento humano se puede sustraer. Para el historiador todo conocimiento posible comienza y termina en la dimensión temporal, un tiempo matemático y demiurgo. Es célebre al respecto la expresión de Braudel: el historiador no se evade jamás del tiempo de la historia. El tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la pala del jardinero.

La seriedad del trabajo del investigador y lo científico de su hacer se da en estas nuevas dimensiones de la larga duración, es decir, en las permanencias, en los tiempos aparentemente detenidos. Tras lo rutilante, lo encandilador de los

hechos fugaces de la cotidianeidad, hay una base fundamental construida por las creencias, las actitudes humanas, los prejuicios el largo existir de las tradiciones, las concepciones sobre la vida y la muerte, las formas de relación de los hombres entre sí, la educación, la conformación de la familia y de la sociedad.

El presente por lo tanto, estudiado por el historiador, es lo observable y vivido de ese tiempo fundamental que es el pasado entendido como larga duración o como tiempo social.

Por lo que respecta a los nuevos ámbitos que esta nueva percepción del tiempo trajo consigo, podemos acotar que la historia necesitó de la colaboración de todas las ciencias humanas y de todos los métodos y técnicas disponibles de las otras ciencias. Eran necesarios los aportes de la economía, sociología, antropología, psicología, demografía histórica, psicoanálisis, estadística. Todo esto en el entendido que la historia no perdiera su identidad frente a las otras ciencias.

En este sentido, uno de los grandes aportes de Braudel fue ensanchar el horizonte de trabajo de los historiadores. Se recuperaron viejos temas abandonados por inconsistentes y poco científicos en sus métodos, como en la historia política, la historia de las instituciones, aún la historia local.

Los análisis de los investigadores se insertaron en una duración mayor de los hechos, y cobraron así sentido lo que antes aparecía episódico e irrelevante. Se traspasó las fronteras de la heurística tradicional, se incorporaron nuevas fuentes y técnicas de trabajo: actas notariales, archivos parroquiales, registros judiciales, sentencias, censos

poblacionales, registros, empadronamientos y cartas.

Es indudable que la historia ha consolidado en los últimos decenios sus pretensiones de ser considerada una disciplina científica. Precisión y rigor en los métodos de investigación, fundamentación teórica cada vez más imprescindible, bases epistemológicas confiables y técnicas de trabajo al servicio del conocimiento de los hechos históricos. El esfuerzo de sus cultivadores le ha procurado un espacio amplio entre las ciencias sociales. Queda todavía bastante por hacer, en especial, derribar viejos prejuicios que provienen de consideraciones epistemológicas del pasado.

La concepción de la temporalidad está dentro de estas preocupaciones científicas del historiador. Todavía los hay que postulan que el saber histórico reclama un distanciamiento entre el pasado y el presente. Maravall dirá que entre la hermeneútica de la vida y la comprensión de un figura histórica hay una distancia que no se puede eliminar, la idea central sería que la historia entrega su saber en el presente y para el presente, pero su misión no es mezclarse con él, es decir, ni argumentos ni diagnósticos de nuestro tiempo; si en el pasado descansa el suelo de nuestra actualidad debe intentar llegar a conocer ese pasado, pero ha de renunciar a la actualidad.

El temor del historiador a interrogar el pasado proviene de considerar el presente como una suma de episodios o hechos puntuales, o datos aislados de un contexto temporal más amplio. El tradicional corte entre los tiempos pasado y presente impide salvar las magnitudes de los acontecimientos. La

otra barrera que impide a los investigadores de la realidad histórica trabajar su presente radica en que, tanto legos como conocedores tienen la errónea convicción de la historia-juez, esto es, sus cultivadores deben juzgar el pasado de acuerdo a como se produjeron los hechos. Ahora bien, si deben ser jueces del pretérito no pueden juzgar su presente del cual forman parte.

El historiador de la ciencia histórica no juzga la realidad, es al contrario, el más profundo testigo de su tiempo. Como muchos pretenden, el tiempo de la historia no se presta al juego de la sincronía y diacronía tanpreciado por los sociólogos; pues es imposible imaginar la existencia humana como un mecanismo cuyo movimiento puede ser detenido con el fin de presentar, cuando las situaciones lo exijan, una imagen inmóvil de la realidad.

Las ideas acerca del tiempo de Braudel, revolucionarias para todo conocimiento histórico, rompen los esquemas de un presente de sólo datos y acontecimientos en una sucesión episódica, para hacerlos comprensivos en una temporalidad mucho más abarcadora que permite incorporar el comienzo y maduración de los problemas políticos, sociales, económicos, culturales, etc.

Ha habido cambios radicales en la manera de interrogar al presente, con una metodología cada vez más científica y con enfoques epistemológicos rigurosos.

En este aspecto los aportes a la ciencia histórica de los historiadores franceses especialmente Braudel, han sido significativos y han abierto el camino a la interdisciplinaria entre las ciencias humanas.

Volviendo al planteamiento primero de estas reflexiones, podemos afirmar que el historiador está facultado según su cultura histórica para trabajar sobre los hechos del presente. Si se objeta la ecuanimidad o el compromiso debemos recordarle a quienes así piensan, que siempre el historiador toma una actitud definida frente a los hechos del pasado y también a los de su presente. ¿Están todos los historiadores de acuerdo al estudiar la época revolucionaria en Francia, al considerar y evaluar los factores que la hicieron posible?, ¿Al analizar la guerra civil del 91 en Chile, no discrepan los estudiosos sobre la forma e intensidad con que interactuaron los factores políticos, económicos, sociales e intelectuales?

El historiador da testimonio de su época pero no es juez de la misma.

Desde luego que su neutralidad no es en absoluto la de un físico ante un quasar. La objetividad que le exigimos al historiador se basa en la veracidad y honestidad, la primera al seleccionar las fuentes y documentos e interpretarlos, la segunda al no manipular los hechos obtenidos al descodificar las fuentes, para fundamentar juicios personales.

No hay pues necesidad de poner entre el pasado y la actualidad un tiempo de reposo o distanciamiento para que el historiador pudiera investigar. El tiene que saber -sus conocimientos teóricos lo orientan- que su presente es toda la realidad del tiempo del hombre y de las sociedades y que no puede serle indiferente, pues la disciplina histórica no es una aglomeración o sucesión de hechos inconexos, sino un conjunto de relaciones donde pasado y presente son inseparables.

En una visión de conjunto de los argumentos expuestos, se puede sostener, que aquellos que están contenidos bajo el acápite de antecedentes, reflejan conceptos propagados por la Revolución Francesa, recogidos y en parte asumidos por la intelectualidad chilena de la etapa post emancipadora.

Estos conceptos están reflejados en los términos utilizados por el autor al descalificar al antiguo régimen colonial con el título de desgobierno, que engloba otra serie de epítetos, como tiranía, injusticia, despotismo y crueldad. Como es fácil descubrir pertenece al lenguaje político manejado por los prohombres de la Revolución Francesa al referirse al poder absoluto de los reyes que luego será retomado por los liberales del siglo 19 en la América recientemente liberada. Estas ideas revolucionarias eran rechazadas de plano por la generalidad de los criollos en los años previos al proceso emancipatorio con las escasas excepciones ya conocidas entre las cuales se podría contar nuestro autor. Este había leído algunas obras de la filosofía francesa del siglo XVIII. Pero este hecho no nos permite concluir que vibrara en esa época con tales ideas, y que las asumiera con tanta fuerza como para superar la crisis que debió soportar al conocer los sucesos sangrientos a que conducía este ideario en Francia. De ahí que suponemos que el autor utiliza una interpretación tardía surgida bajo la influencia de la Revolución Francesa para acontecimientos que en su momento se veían bajo otro cariz más benigno y menos crítico. Desde esta visión aparecen esclarecidas algunas aparentes contradicciones que es fácil advertir. En efecto, se descubre por una parte un notable apasionamiento